

MERCADERES MADRILEÑOS Y MERCADOS RURALES DE TRABAJO (1750-1850)

José A. Nieto Sánchez y Victoria López Barahona

En el debate en curso acerca de las relaciones campo-ciudad en la Europa de la Edad moderna, la ciudad de Madrid ha sido frecuentemente elegida como ejemplo de un tipo de relación unidireccional en la que uno de los elementos -el rural en este caso- desempeña el papel de transmisor mientras el otro urbano se perpetúa como receptor. Esta visión descansa en un enfoque metodológico, erróneo a nuestro juicio, que trata las categorías “campo” y “ciudad” como dos entidades discretas y simétricas, cuando, de hecho, la primera pertenece a un nivel superior y más incluyente de relación. Esta real y necesaria jerarquía de niveles se ha visto transformada en cierta historiografía en una oposición bilateral y unidimensional que orienta un compromiso hacia el estudio de las relaciones competitivas entre el campo y la ciudad, dejando en la sombra las relaciones de intercambio cooperativo que de hecho operan simultáneamente.

En el caso del Madrid de la Edad moderna, una parte significativa de la escasa investigación llevada a cabo ha puesto el acento en el enorme flujo de abastecimiento compulsivo de bienes y servicios que, en efecto, entraba a la capital procedente de su entorno rural. De este modo se ha creado una imagen de Madrid como ciudad pasiva o parasitaria. Un examen más atento, sin embargo, permite apreciar que Madrid también estimuló el crecimiento económico y la movilidad social en las áreas rurales circundantes. Este papel activo de la capital debería ser tenido en cuenta asimismo para obtener un cuadro completo, y este ensayo intenta ser una modesta contribución a esta labor.

La acción combinada de las iniciativas privadas y de patrocinio estatal puso en marcha una red industrial que operaba a distancias variables. No es nuestro propósito aquí valorar hasta qué punto estas aventuras de capital y trabajo fueron en detrimento o en beneficio de las zonas rurales en las que tuvieron lugar. Tampoco calibrar si la proto-industrialización castellana logró sus objetivos o fracasó. Sobre el “fracaso” de la industrialización española en lograr un puesto avanzado similar al de otros países europeos en el contexto de la economía mundial, ya contamos con consagrados estudios (Nadal, 1975). Sobre el “éxito” de España como país “periférico” también se han hecho recientemente interesantes aportaciones (Ringrose, 1996).

Nuestro objetivo es simplemente proyectar algo de luz sobre el modo en que las relaciones proto-industriales entre Madrid y su entorno rural dieron lugar a lo que podríamos llamar *vía castellana a la proto-industria*, variedad heterogénea del modelo proto-industrial clásico en la que la “industria popular” de Campomanes tuvo un notable papel referencial.

Esta vía, que, al menos en Castilla, no derivó en industrialización propiamente dicha, con los cambios políticos concomitantes, hasta bien entrado el siglo XX, pone de manifiesto algunos aspectos que parecen diferir del modelo proto-industrial clásico, a saber: el predominio de las relaciones de *kaufsystem*, de las pautas tradicionales de organización del trabajo y de escasa innovación tecnológica. La inversión de promoción estatal es asimismo una característica distintiva de la proto-industria castellana, derivada quizás de la realidad de un capital privado reacio a desempeñar el papel que la historia supuestamente le tenía reservado. Estas peculiaridades, que sin duda frenaron el progreso de Castilla a la industrialización en el contexto europeo, pudieron contribuir, en efecto, al crecimiento acelerado de otras regiones del imperio, como los Países Bajos, y a consolidar la “periferización” de España en la economía mundo, como sugieren algunos recientes estudios (Ringrose, 1996).

Nuestro interés, sin embargo, se dirige hacia los aspectos que la vía protoindustrial castellana comparte con el modelo clásico, a saber: la extensión de las relaciones de *putting out* y el sistema de fábrica, junto con una reestructuración de los mercados de trabajo que facilitaba la creación de un “ejército de reserva industrial” con un fuerte sesgo de género. En esta línea de interés, las áreas rurales de las provincias limítrofes del sudeste madrileño (Toledo, Guadalajara, Cuenca y Ciudad Real) así como las relaciones entre sus productores textiles y los mercaderes madrileños entre 1750 y 1850, ejemplificadas en el caso de la industria del encaje del Campo de Calatrava, conforman el contexto socio-geográfico y cronológico de este estudio, que podría además permitirnos comparaciones útiles con las pautas del trabajo femenino a lo largo de las diversas fases del desarrollo capitalista de los países europeos. Una última cuestión que queremos resaltar es el carácter provisional de las ideas expresadas en la siguiente exposición.

El capital mercantil madrileño

La crisis española del siglo XVII estuvo precedida por el colapso de la floreciente industria textil de base urbana característica de la centuria anterior, y supuso un estancamiento de las propias industrias artesanas así como de los niveles demográficos. Parte de la respuesta a la crisis consistió en el traspaso de la mayor parte de las fases del proceso productivo textil al medio rural cuya población, sujeta a fuertes cargas impositivas, se veía forzada a emplearse durante los períodos de baja actividad agrícola-ganadera en la manufactura doméstica

destinada al mercado. En Castilla, las industrias rural y urbana conservaron pautas tradicionales y restrictivas de manufactura dispersa, sin estímulos a la innovación tecnológica y a la división técnica del trabajo. Buena parte de la producción tenía lugar en unidades domésticas no especializadas y con una fuerte tendencia al autoconsumo. El pequeño productor textil independiente (o *small clothier*) era predominante en un país donde el aumento tanto de la competencia de las manufacturas extranjeras como de las exportaciones de materias primas había contribuido notablemente a la ralentización del crecimiento industrial.

Los mercaderes madrileños fueron algunos de los protagonistas de esta transferencia de la industria al campo. Y ello a pesar de que en muchas ocasiones se les ha tachado de estar poco interesados por la producción industrial (Cruz, 1996). No obstante, es posible rastrear algunas experiencias que indican lo contrario. De hecho, ciertos mercaderes invirtieron en la industria urbana y otros establecieron en el ámbito rural relaciones capital-trabajo en las que tendieron a desarrollar estructuras de *putting out* que no supusieron una revolución de las fuerzas productivas pero que, en cierto modo, ejercieron el control sobre algunos aspectos de la organización de la producción y sentaron las bases para la construcción de un mercado de trabajo cada vez más dependiente del salario (Nieto Sánchez, 1997, pp. 265-269).

Entre 1765 y 1778 el comercio de ultramar atravesó un proceso de liberalización que condujo a la proliferación de compañías de mercaderes basadas en acciones. Éstas vinieron a sumarse a las “tradicionales” y aún vigorosas organizaciones gremiales de los mercaderes. En 1764 la *Compañía de Lonjistas* se funda en Madrid. No sabemos quienes la integran en esa fecha pero veinte años después son una quincena de comerciantes, de los que destaca la procedencia vasca de la mayoría. La actividad de la Compañía se centraba en el comercio ultramarino de cacao, azúcar, canela y tintes, cuyos retornos se aseguraban a través de inversiones en la industria de la seda toledana. De este modo, se puso en funcionamiento una red triangular mediante la cual las especias se traían de América, Toledo suministraba medias de seda y otros tejidos de diferentes calidades, y Madrid servía como almacén principal y centro del tráfico mercantil. Esta compañía, además, se hizo en 1785 con la dirección de una vieja fábrica textil en Valdemoro (a 25 km de Madrid) que producía paño, seda, estambre, algodón y lino, que a su vez se distribuía a los diferentes almacenes de Valdemoro, Madrid, Medina de Rioseco, La Coruña, Aranjuez, Toledo, Sevilla y Cádiz (Larruga, 1787, vol I, pp. 295-301; Corella, 1992; A.H.P.M., Prot. 19.970, f. 237).

El *Gremio de mercaderes de ropería de nuevo* se componía de cincuenta miembros cuyo perfil socio-ocupacional aún no ha sido investigado. Todo apunta, sin embargo, a que se trataba de prósperos maestros sastres embarcados en grandes aventuras comerciales. Daban empleo a más de 4.000 personas de ambos sexos solo en la capital y extendían su influencia a

un radio de 170 km. en torno a Madrid, que incluía, en la provincia de Toledo, las localidades de Ajofrín, con 5.000 hilanderas en 1748, y Novés, con 1.600 en 1790 (Larruga, 1787, vol. I, p. 342; 1790, vol. IX, pp. 30 y 136; García Ruiperez, 1988, p. 360).

A principios del siglo XIX otros mercaderes madrileños penetraron en pueblos cercanos (Villaverde, Parla, Getafe y Fuenlabrada) y establecieron allí una red de *putting out* para la producción de mantillas bordadas. Entre estas experiencias también podemos ver a Francisco García, un bordador que en 1804 tenía en Madrid un taller central donde ocupaba a 40 mujeres, así como 124 a lo largo de toda la ciudad y 40 más en su sucursal de Getafe. Estas últimas se hallaban trabajando en 7 obradores al cuidado de una encargada. En Fuenlabrada y Getafe, además, había fábrica de textiles bastos que a menudo se suministraban del hilo producido por las mismas bordadoras de mantillas. No era infrecuente que las productoras rurales diversificaran sus empleos industriales y, de este modo, dieran lugar a que los empresarios compitieran por su trabajo (A.G.S., Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 315, exp. 38; Regás, 1825, pp. 73-74; Madoz, 1848).

La más poderosa corporación de mercaderes de Madrid, y ciertamente de la nación en su conjunto, era la confederación de los *Cinco Gremios Mayores*, con quien la Corona estaba fuertemente endeudada (Capella Martínez y Matilla Tascón, 1957). Estos mercaderes dirigieron durante una década (1757-1767) las Reales fábricas de paños de Guadalajara y Brihuega así como sus sucursales de San Carlos (en la ciudad de Guadalajara) y San Fernando (en la provincia de Madrid). La Real fábrica de seda de Talavera de la Reina y la de paños de Cuenca eran otros dos establecimientos privilegiados a cargo de los Cinco Gremios.

De estas Reales Fábricas nos interesan la envergadura de la fuerza de trabajo ocupada -fases como la hilatura se revelan como fuentes inagotables de trabajo para mujeres y niñas- y el papel estructurador de los mercados rurales de trabajo femenino que desempeñaron sus *escuelas de hilazas*. En realidad, estas escuelas habían sido reclamadas por Campomanes para que aprendiesen a hilar mujeres y niñas. El Presidente del Consejo de Castilla se fijaba nada casualmente en el trabajo femenino e infantil, puesto que estaba infravalorado debido a la ideología dominante que asignaba al varón la responsabilidad de ganar el pan, y que, en consecuencia, concebía los ingresos de mujeres y niños como una ayuda o complemento (*). Los empresarios, de este modo, se beneficiarán de la creación de una fuerza de trabajo fragmentada -por criterio de sexo y edad- en donde los diferentes segmentos de trabajo competirán entre sí para tirar los salarios a la baja. Como en el resto de Europa, el trabajo de mujeres y niños contribuyó a la diversificación de los mercados de trabajo urbanos y rurales (Lis y Soly, 1982; Berg, 1987). En Castilla, como en otras regiones europeas, la nueva industria popular había de aprovecharse de una mano de obra más barata y disciplinada, consecuencia

de lo cual fue la publicación de una serie de normas que autorizaban a las mujeres trabajar “tanto en las industrias del hilado como en otros oficios que desearan desempeñar siempre y cuando fueran compatibles con la honestidad y fuerza de su sexo”. Los reformistas ilustrados fueron los responsables de la canalización del trabajo femenino hacia la industria popular y los promotores de las innovaciones técnicas (torno de hilar) como signo de progreso. Este trabajo femenino será empleado en las Reales fábricas y otros establecimientos privilegiados cuyo control será cedido a los poderosos gremios de mercaderes.

Pero ¿qué se esconde tras las escuelas de hilazas que organizan las Reales Fábricas? Las escuelas eran establecimientos rurales que aglutinaban las funciones de almacén de hilo, taller y escuela para las primeras fases de la producción del paño (sobre todo, el hilado a torno pues el hilado manual seguía siendo predominante en la producción doméstica), y escenario a veces de una abusiva explotación de la mano de obra femenina e infantil.

En realidad si atendemos a la propiedad de las escuelas existían, al menos, tres tipos de escuelas: las más numerosas eran las dependientes de las Reales Fábricas u otro tipo de establecimientos industriales, donde el maestro o maestra que las dirigía era un mero asalariado; las que fueron fundadas por *Juntas de Caridad* o *Sociedades Económicas* - formadas al efecto entre la clase dominante de los lugares donde se establecieron las escuelas- tenían también al maestro como asalariado y dejaban todo posible acuerdo con la Real Fábrica en manos de la institución propietaria; y, por último, las establecidas por maestros independientes, que se encargaban ellos mismos de alquilar el local, y de fijar con la Real Fábrica unas condiciones que les responsabilizaban de los géneros y el material que se les entregaba. En este último caso el maestro actuaba como un subcontratista que suministraba la lana ya preparada para el hilado y, por último, la remitía a la fábrica una vez hilada.

Las escuelas que dependían de las Reales Fábricas fueron la solución última que se encontró para el suministro de hilo. Experiencias anteriores como la de reclutar a las presas de la cárcel de la Galera de Madrid no parecen haber tenido resultados apetecidos por la fábrica. Las escuelas solucionaban el problema de la calidad de la hilaza pues la fábrica obligaba al maestro o maestra a enseñar y dirigir el trabajo una vez que los niños habían aprendido, se responsabilizaba de los útiles y la materia prima proporcionada por la Real Fábrica, aunque en ocasiones la fábrica pagaba al maestro para que comprase la materia prima. El maestro era el encargado de pagar a las trabajadoras con el dinero que la misma fábrica le había adelantado.

En concreto, la Real Fábrica de paños de Guadalajara y sus sucursales organizaron una tupida red de estas escuelas -un total de 190- a lo largo de las localidades de las provincias próximas, que a fines del siglo XVIII proporcionaba el hilo consumido por la propia

fábrica gracias a 18.500 hilanderas (Mapa 1). Aunque la Real Fábrica de Guadalajara estuviese considerada como una unidad, la propia organización de las *escuelas de hilazas* responde a una división geográfica condicionada por la cronología del establecimiento de los centros que configuraban la fábrica. Según la fábrica iba creando sucursales necesitaba establecer nuevas escuelas de hilazas y, por tanto, controlar a hilanderas que estaban cada vez más alejadas. Como la fábrica original de Guadalajara y Brihuega se apoyaba básicamente en las escuelas de la provincia de Guadalajara, las nuevas sedes de San Fernando (a 17 kms. de Madrid) y San Carlos (en la misma ciudad de Guadalajara) tuvieron que depender del hilo que les proporcionaban las escuelas y las mujeres independientes de localidades más alejadas de Cuenca, Toledo, Ciudad Real y Albacete. Así en 1787 las 199 escuelas que dependían de todo el complejo alcarreño llegaban a 157 pueblos de toda Castilla la Nueva (Tabla 1 y Mapa 1).

Tabla 1. Distribución espacial de las Escuelas de hilazas pertenecientes a la Real fábrica de Guadalajara, 1783-1787.

Establecimiento	Guadal. Esc. %	Cuenca Esc. %	Toledo Esc. %	Madrid Esc. %	Otros Esc. %	Total Esc. %
Guadalajara	27 45,8	10 17	11 18,6	11 18,6	- -	59 100
Brihuega	45 81,9	9 16,3	- -	- -	1 1,8	55 100
S. Fernando	17 38,6	14 31,9	5 11,3	1 2,2	7 16	44 100
S. Carlos	1 2,5	17 41,4	17 41,4	- -	6 14,7	41 100
Totales	90 45,3	50 25,1	33 16,6	12 6	14 7	199 100

Elaboración propia a partir de A. González Enciso, **Estado e industria...**, pp. 481-489.

La andadura de estas escuelas no fue fácil. Contaban con la oposición de muchos padres que no querían llevar allí a sus hijos porque trabajar en un local cerrado, estar sujeto a la tutela de un maestro y entrar en el exigente ritmo industrial de los destajos era considerado “ocupación deshonrosa y vil”. En estas condiciones las dificultades para reclutar a la mano de obra formaban parte de la vida cotidiana de la mayoría de las escuelas. En 1783 la escuela de Aranjuez no encontraba mano de obra y ello a pesar de que se había formado una junta - integrada por el alcalde, un regidor y el párroco- con el objeto de aplicar a los vecinos al trabajo del hilado. En 1786 doce escuelas se vieron obligadas a parar sus actividades por la ausencia de mano de obra. En 1787 las malas cosechas no impidieron a los habitantes de Torrejón de Ardoz oponerse a entrar en la escuela local. Ese mismo año el director de la fábrica de Guadalajara se quejaba de la falta de hilazas y en 1788 el intento de establecer escuelas en Ciudad Real se revelaba infructuoso. Un año más tarde la otrora populosa escuela de Ocaña - llegó a contar con 300 niños- atravesaba por dificultades dado que su mano de obra no acudía a la escuela alegando la cortedad del salario.

No todas las escuelas encontraron los mismos problemas, pero si parece que el salario

era escaso y que el contenido técnico y el componente didáctico del oficio aprendido por las mujeres solía ser modesto. En estas condiciones cobra todo su interés saber cómo se las ingenieron los maestros para atraer a la mano de obra. El ejemplo de Alameda de la Sagra (Toledo) es suficientemente ilustrativo pues el maestro atrajo por medio de posibles premios tanto a las trabajadoras adultas como a los niños. Y no debió irle nada mal ya que en 16 meses puso en funcionamiento 100 tornos que eran atendidos en orden a una cuidada segmentación por razones de edad. El maestro enseñaba a niños y niñas de 10 a 14 años, mientras que encomendaba el hilado a las solteras mayores de 16 años y reservaba la carda para las viudas “o casadas necesitadas”. Todas trabajaban con la vista puesta en producir más y mejor pues solo así podían ser premiadas por la Junta de Comercio. El maestro las “estimula con las esperanzas concebidas de su esmero” y las muchachas se aplicaban a intentar “exceder a las demás”. Se originaba así una competencia entre las trabajadoras que aumentaba la productividad de su trabajo.

Los Cinco Gremios Mayores de Madrid dirigían estas fábricas y, por tanto, en última instancia eran responsables de la estructuración de los mercados laborales rurales. Eran ellos los que contrataban a los maestros de hilados, que de esta forma se convertían en meros mediadores entre las hilanderas y los comerciantes de los Cinco Gremios. Esta intermediación vuelve a aparecer en la Real Fábrica de paños y otros tejidos de Cuenca. Esta fábrica abrió varias *escuelas de hilazas* que en 1800 ocupaban a 886 artesanas de los pueblos cercanos entre hilanderas de torno, rueca, peinadoras, encarretadoras y urdidoras. En 1787 la Real Fábrica de seda de Talavera que también dirigen los Cinco Gremios Mayores (1785-1825) da empleo a 1.642 personas -la mayoría productores domésticos- de los que la mitad eran mujeres (Troitiño Vinuesa, 1984, p. 40, nota 41; AHN, Estado, legajo, 318, caja 2, exp. 150).

Sin duda las escuelas de hilazas fueron la apuesta ilustrada más importante para estructurar mercados rurales de trabajo femenino en la industria textil. Claro que las escuelas también representan el límite máximo de dispersión hasta donde estaban dispuestos a llegar la centralización de las reales fábricas ilustradas. La dispersión centralizada protagonizada por estos establecimientos rurales frenaron la puesta en práctica de la dispersión absoluta propugnada por Campomanes, autor que consideraba a las escuelas de hilazas como un prerequisite para aumentar el contingente de mano de obra femenina. Pero solo un prerequisite pues en su ideario la industria no debía quedar relegada a estos establecimientos sino que debía llegar a los hogares campesinos para que las mujeres y niños pudiesen trabajar más. Campomanes abogaba por una generalización del trabajo industrial femenino e infantil -el trabajo de las mujeres en la industria no representaba una novedad pues la dedicación industrial de las mujeres tenía una larga tradición en el ámbito rural- ya que confiaba en una mano de obra más barata y desregulada.

De acuerdo a la argumentación de Campomanes, el patrocinio estatal de la industria popular no debería permitir la expansión de relaciones de *putting out*, sino más bien la consolidación de lo que era en realidad el tipo predominante de relación capital-trabajo en Castilla, la del *kaufsystem*, en la que el pequeño productor mantenía su independencia (Díez, 1990). Campomanes estaba convencido de que la penetración del capital mercantil en los procesos de producción y la organización del trabajo traería consigo el empobrecimiento de los fabricantes rurales; y esto a su vez el estancamiento del crecimiento demográfico. Dicho en sus propios términos: “*Estos (los comerciantes) reducirían los vecinos y fabricantes a meros jornaleros y dependientes de su voluntad*”. Por este motivo, arguye, los mercaderes son útiles solo para “*facilitar las salidas y proveer crédito al fabricante*”. En esta línea sugiere que “*las fábricas de paños (...) harían mayores progresos con el tiempo distribuyendo sus telares en particulares fabricantes, trabajando éstos de cuenta propia*” y confiando el trabajo manufacturero a los miembros de la unidad familiar.

A pesar de las reticencias de Campomanes el ejemplo de las escuelas de las Reales Fábricas fue seguido por otros industriales del sector. Los hermanos March, unos activos fabricantes catalanes que instalaron en 1798 una fábrica de paños, sedas y linos en Morata de Tajuña -a unos 40 kms. de Madrid- se preocuparon también de abrir una escuela de hilados en la localidad -con 22 mujeres- y posteriormente en otro pueblo cercano a Madrid (Vallecas) y en La Mancha. También la compañía de lonjistas abastecía de hilo a su fábrica de Valdemoro gracias a las escuelas de hilazas establecidas en 20 pueblos cercanos.

La estructuración de estas redes femeninas de trabajo industrial podían implicar conflictos por el control de las hilanderas. Las que trabajaban para la fábrica de Guadalajara fueron apreciadas por otros establecimientos como el de Valdemoro a cargo de la Compañía de lonjistas. Cuando estos últimos organizan su red de hilanderas por los 20 pueblos de sus alrededores chocan con escuelas de hilazas establecidas por la Real Fábrica de Guadalajara, a la que arrebatan cuatro de estas escuelas y a sus consiguientes hilanderas. Y la expansión de Valdemoro también se hará a costa de competir con las redes independientes de los tejedores de Ajofrín. De hecho, al comenzar el siglo XIX la fábrica de Valdemoro absorberá parte del trabajo de los fabricantes de Ajofrín con los que llega a firmar contratos para el cardado y el hilado.

Otras formas de mediación entre mercaderes y trabajadoras no se apoyaban en las escuelas de hilazas y tenían también diferentes protagonistas. La red laboral que organizaron los tejedores de Ajofrín se basaba en la recluta de mano de obra femenina en 30 pueblos en donde operaban más de 1.000 tornos. También fueron los tejedores de Novés y Sonseca los

que contrataron a 620 hilanderas de 22 pueblos. Todos los tejedores eran independientes -el *kaufsystem* parece haber sido hegemónico- pero como recibían encargos de los *mercaderes de ropería de nuevo* de Madrid todo parece indicar que reclutaban a estas trabajadoras para hacer frente a los pedidos del capital mercantil urbano.

La industria del encaje del Campo de Calatrava

Algunos estudios han apuntado que, para que las relaciones entre el capital mercantil y los trabajadores rurales se conviertan en relaciones claramente capitalistas, suelen tener lugar tres desarrollos interconectados: 1- los productores son privados de fuentes alternativas de subsistencia y así entran en total dependencia del salario; 2- pierden la propiedad de los medios de producción, a menudo por endeudamiento con el mercader; y 3- de nuevo a través de la deuda, se hacen dependientes de un solo empleador (Middleton, 1985). Esto puede haberse dado en parte en el caso de la penetración de los mercaderes madrileños en la industria del encaje de bolillos del Campo de Calatrava, en la provincia de Ciudad Real, entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX. Los escasos datos que poseemos no nos permiten establecer comparaciones fiables, pero ciertamente sugieren que las encajeras rurales dependientes de los mercaderes madrileños se encontraban ellas y sus familias en los límites de la subsistencia y, de este modo, dependían fuertemente en los ingresos de todos los miembros de la unidad doméstica -especialmente mujeres y niñas.

Hacia mediados del siglo XVIII la propiedad de la tierra del Campo de Calatrava estaba fuertemente concentrada en manos de la Orden de Calatrava, que también ejercía la jurisdicción señorial sobre la mayoría de sus villas. La escasa propiedad de los campesinos limitaba su acceso a las actividades agrarias, debiéndose muchos de ellos contentarse con trabajar unos meses al año como jornaleros en la siega, recogida de aceitunas o la vendimia en las tierras de la Orden. Las ventas locales en ferias cercanas de los excedentes derivados de unos huertos muy productivos parece que servían a las familias campesinas como medio de obtener el dinero necesario para hacer frente a los impuestos y a la compra de bienes de consumo no obtenibles de otro modo. En una de las más importantes ciudades del Campo de Calatrava, Almagro, la comunidad mercantil se componía de 130 individuos, 34 de los cuales eran tratantes de encaje y 24 mantenían tiendas y comerciaban con textiles incluidos encajes y blondas. Todos ellos vendían hilo y "picaos" a las artesanas bolilleras y les compraban el producto acabado, que luego era distribuido a vendedores ambulantes de Castilla y Andalucía (Sarasúa García, 1995; Almagro, 1994).

Aunque el registro de la propiedad llevado a cabo a mediados del siglo XVIII no nos permite valorar con precisión el número de mujeres de Calatrava involucradas en el encaje -

solo fueron registradas 300-, su sola presencia sugiere una industria de probables raíces flamencas que data al menos de mediados del siglo XVII (*). En 1766 el matrimonio madrileño compuesto por Manuel Fernández (dedicado aparentemente a negocios de minería) y Rita Lambert (experta probablemente en la industria del encaje) pidieron permiso para enseñar nuevas técnicas a las mujeres de Almagro. Éstas y sus hijas encontraron empleo tanto en la ciudad como en los pueblos de alrededor. La “escuela” de Rita Lambert vio un rápido crecimiento: en 1767 enseñaba a 140 mujeres, y en dos años esta cifra ascendió a más de 400. Hacia finales de la centuria había 2.000 mujeres encajeras -desde niñas de seis años a ancianas- dándole a los bolillos en Almagro, cifra que subía a 3.730 en todo el distrito. Este aumento de mano de obra era la manera de conseguir a su vez aumentos de productividad en una industria que no requería inversiones en maquinaria (Larruga, vol. XVII, 1792, pp. 294-296).

La llegada en 1785 de la privilegiada *Compañía de Mercaderes de la Puerta del Sol de Madrid* supuso el declive de la empresa de Rita Lambert. Estos mercaderes introdujeron 1.500 libras de hilo libre de impuestos procedente de Haarlem para un período de cuatro años. Pronto se hicieron con el monopolio del suministro regular de materias primas (hilo y seda) a las artesanas (Larruga, vol. XVII, 1972, pp. 297-304). Aunque la escasez ocasional de hilo podía dejarlas sin empleo y hacer estragos en el presupuesto familiar, las mujeres no mostraban mucha diligencia en desempeñar un trabajo extenuante a menudo llevado a cabo a la luz de la vela y que consumía la vista hasta el punto de la ceguera -como algunos médicos contemporáneos llegaron a certificar. No era, por lo tanto, infrecuente que los empleadores tuvieran que encarar serias dificultades en la recluta de artesanas para la producción intensiva. Estas últimas, además, recibían un salario de tres a cuatro veces inferior al valor real de su producción. Las mujeres de Argamasilla de Calatrava obtenían un jornal diario de 4 maravedís, que no resisten comparación con los 2 reales que ganaban las “afortunadas” cinteras de la villa de Mascaraque en Toledo. Incluso una vez consolidado el monopolio de los mercaderes madrileños, los pagos dejaron de ser en metálico para realizarse en especie (generalmente ajuar doméstico), de tal modo que, posteriormente, otros empresarios -como Félix Torres de Cataluña- se vieron obligados a incentivar la productividad a través de diferentes clases de dotes a las mujeres artesanas (Madoz, 1847).

Tabla 2. Encajeras de la fábrica de los Hnos. Torres (Almagro, 1846)

Localidades	Población total	Total Mujeres	Operarias	A	B
DEP. DE ALMAGRO					
Almagro	10.273	5.311	2.262	22,01	42,59
Granátula	2.484	1.288	623	25,08	48,36
Pozuelo	1.713	834	566	33,04	67,86
Aldea del Rey	2.386	1.217	192	8,04	15,77
Bolaños	2.852	1.379	184	6,45	13,34
Valenzuela	1.169	587	314	26,86	53,49
Carrión	3.120	1.532	184	5,89	12,01
Pardillo	-	-	52	-	-
Torralva	3.977	2.008	901	22,65	44,87
Calzada	4.504	2.293	126	2,79	5,49
Daimiel	12.503	6.381	99	0,79	1,55
PUERTOLLANO					
Puertollano	2.856	1.438	614	21,49	42,69
Argamasilla de Calatrava	2.190	1.069	164	7,48	15,34
Almodóvar del Campo	5.875	2.732	41	0,69	1,50
Villamayor	1.353	705	114	8,42	16,17
Mestanza	2.093	1.002	50	2,38	4,99
Hinojosa-Cabezasrubias	2.076	995	234	11,27	23,51
Villar	219	99	18	8,21	18,18
DEP. DEL CORRAL					
Corral de Calatrava	1.737	872	255	14,68	29,24
Cañada	505	238	81	16,03	34,03
Caracuel	314	161	42	13,37	26,08
Ballesteros	1.037	547	191	18,41	34,91
Moral y Retamal	4.359	2.112	731	16,76	34,61
Totales	69625	34800	8038	11,54	23,09

A= porcentaje de operarias sobre población total; B = porcentaje de operarias sobre la población femenina total.

Elaboración propia según P. Madoz, **Diccionario geográfico...**, y *Censo de población de 1857*.

El capital mercantil catalán, representado por la fábrica de Félix Torres, que *“usaba parte de las materias primas que la nación produce”*, tomó el relevo hacia la segunda mitad del siglo XIX en el control de la industria del encaje del Campo de Calatrava. En este caso la producción en fábrica logró desplazar a la producción doméstica y agrícola. En 1850 el *Diccionario Geográfico* de Pascual Madoz consignaba 23 pueblos y ciudades en donde Torres empleaba mano de obra femenina. En general, la fábrica daba ocupación a 8.000 trabajadoras en la región del Campo de Calatrava. Además de la de Torres había un número de otras fábricas -como la liderada por Ildelfonso Aparicio- así como un conjunto de pequeños talleres. Una de cada tres mujeres de la región se ocupaba en el encaje, y en algunos pueblos lo hacía la mitad de su población femenina (Madoz, 1847).

Estos datos ponen de relieve el carácter semi-centralizado del sistema de *putting out* de las industrias del encaje, que combinaban una planta urbana central con unidades rurales dispersas de producción muy parecidas a las “escuelas de hilazas” promovidas por las Fábricas Reales. En los locales de Torres llegó a haber 806 niñas de cuatro a cinco años que se

ocupaban del encaje sencillo, mientras 677 niñas hasta nueve años se encargaban del trabajo más fino. Las mujeres adultas y las maestras, estas últimas probablemente ayudantes de un capataz masculino, coronaban la jerarquía laboral dentro de la fábrica. Estos datos también apuntan a que las mujeres eran hacia la mitad del siglo XIX un grupo predominante en los mercados rurales de trabajo bajo el control de manufactureros varones.

Conclusiones

La interrelación de los proyectos industriales promovidos por la Corona y las iniciativas privadas de los gremios mercantiles madrileños condujo a un proceso de proto-industrialización en Castilla la Nueva que formó parte de la respuesta a la fuerte urbanización de la industria española del siglo XVI. Estos agentes “tradicionales”, junto a compañías de corte más capitalista, lograron desarrollar redes de *putting out* en zonas rurales cercanas con objeto de abastecer los mercados madrileños y de otras regiones. Para este propósito se pusieron en marcha dos estrategias. Una de ellas fue la involucración de los mercaderes madrileños en la producción industrial a través de las Reales fábricas. Con la segunda estrategia los mercaderes madrileños no obtenían control directo sobre la producción, pero se aprovechaban de las estructuras laborales y comerciales preexistentes, de tal modo que las localidades rurales mantenían el control del proceso de trabajo. Esta diversidad organizativa respondía a la creciente demanda de los siglos XVIII y XIX y se apoyaba en una fuerza de trabajo rural numerosa, barata, adaptable y desregulada en donde las mujeres y los niños constituían el grueso. Todos estos elementos permitieron el desarrollo de una industria rural dinámica capaz de producir no solo bienes de consumo básicos sino mercancías más selectas demandadas por un nuevo mercado en expansión.

Se ha señalado en algunos estudios que el empleo parcial en labores industriales, la producción doméstica y el trabajo artesano, que en gran medida recaía en las mujeres, ha sobrevivido hasta este siglo. Ciertamente así ha sido en el caso español donde estas actividades son hasta la fecha una parte sustancial del aproximado treinta por ciento de su economía “sumergida” y no contabilizada. En la actual fase de las relaciones capitalistas de producción a escala mundial, que aparentemente termina con la “era industrial” y es así llamada “posindustrial” por algunos sociólogos, la mano de obra más barata de mujeres y niños procedente de los países en vías de desarrollo suministra hoy a las empresas multinacionales. Lo mismo ocurre en los países desarrollados excepto en el caso del empleo de niños. El surgimiento y desarrollo de un nuevo ejército de reserva -¿posindustrial?- con un fuerte sesgo de género es, una vez más, un elemento crucial para facilitar el proceso de acumulación. Como Maxime Berg destacó acertadamente, los paralelismos entre los procesos proto-industriales y los actuales pueden resultar muy reveladores para entender mejor los actuales rumbos de la

economía.